

EDITORIAL

La Compañía de Jesús fue fundada por un grupo de amigos provenientes de distintas regiones y países: el vasco Ignacio de Loyola, nacido en las afueras de Azpeitia, provincia de Guipúzcoa; el saboyano Pedro Fabro, originario de una pequeña aldea clavada en medio de los Alpes franceses; el navarro Francisco Javier, nacido en un castillo, ubicado en un rincón pirenaico; el portugués Simón Rodrigues, de Vouzela, diócesis de Vizeu; Alfonso Salmerón, de un pueblo de la provincia de Toledo; y los castellanos Diego Laínez, de Almazán, provincia de Soria, y Nicolás Alonso, nacido en Bobadilla del Camino, provincia de Palencia. A estos siete se añadieron poco después otros tres nuevos compañeros: Claudio Jayo, también saboyano, de un pueblo llamado Mieussy; Juan Coduri de Seyne, en la Provenza; y Pascasio Broët, nacido en un pueblo de Picardía, al norte de Francia.

En 2006 la Compañía de Jesús ha celebrado un año jubilar, para conmemorar los quinientos años del nacimiento de dos de ellos: Francisco Javier y Pedro Fabro, y los 450 años de la muerte de Ignacio de Loyola, ocurrida el 31 de julio de 1556. El padre Kolvenbach, superior general de la Compañía de Jesús, en su carta del 6 de enero de 2005, recordaba que estos tres primeros jesuitas siguen desafiando al mundo de hoy. La provincia colombiana de la Compañía de Jesús recogió el legado de los tres primeros compañeros a través de tres palabras clave: camino, misión y espíritu.

Ignacio de Loyola, peregrino incansable, nos sigue interpelando hoy sobre el *camino* que debemos recorrer

como Iglesia, en el contexto de injusticia, desigualdad, globalización y neoliberalismo en el que nos encontramos. Hoy, como ayer, debemos seguir nuestra romería, guiados por la pregunta del caminante de Loyola: "*quid agendum*" (Autobiografía No. 50). Esta pregunta por lo que debemos hacer en cada momento nos mantendrá siempre en movimiento, buscando la mayor gloria de Dios y el bien de las personas que Dios nos ha encomendado.

Francisco Javier, abierto siempre a la *misión*, nos recuerda, una vez más, que el centro de nuestra vocación cristiana es la salida de nosotros mismos hacia los demás. Pero este éxodo permanente al que nos invita la misión no puede ser guiado por nuestros caprichos apostólicos, sino por la conciencia clara de ser "servidores de la misión de Cristo" (Congregación General XXXIV), como una prolongación de la obra salvadora de Dios en nuestra historia. La misión que sedujo a Francisco Javier nos pone de presente que no somos dueños de la viña, ni los últimos responsables del trabajo que se nos encomienda. Somos enviados por Dios y, por tanto, debemos sentirnos siempre co-laboradores suyos, realizando la tarea de acuerdo con sus criterios y su estilo, que todavía hoy escandaliza. El estilo de la salvación que Dios nos trae aparece claramente en la vida de Jesús: nace en la periferia, y desde ese margen geográfico, cultural, religioso, económico (Belén, Nazaret, El Calvario), nos propone un orden nuevo: Jesús desconcierta la *sabiduría* del centro, desde la *locura* de la periferia... Jesús desinstala la *riqueza* del centro, desde la *pobreza* de la periferia... Jesús desestabiliza el *poder* del centro, desde la *debilidad* de la periferia... (Cfr. Benjamín González Buelta).

Pedro Fabro, caracterizado por Ignacio como el que mejor daba los ejercicios espirituales, nos llama a fortalecer el *espíritu* en nuestra vida personal, comunitaria e institucional. Una pequeña muestra de los beneficios de una vida espiritual bien fundamentada la podemos encon-

trar en las palabras que Fabro dejó consignadas en su *Memorial*:

...Podría decir que nunca me vino angustia ni ansiedad, es-crúpulo, duda, temor ni otro mal espíritu, que yo pudiese sentir notablemente, sin que juntamente, o a lo menos después de algunos días, yo no hallase el verdadero remedio en Dios nuestro Señor, dando él gracia para pedir y buscar y clamar por ella. En esto se encierra innumerables gracias de conocimientos y sentimientos de varios espíritus, que yo conocía mejor de día en día. Pues Dios nuestro Señor me daba tales agujones que ya no me dejaron ser tibio. En otras palabras –como dije– nunca permitió el Señor que me engañara en el juzgar y discernir los malos espíritus y en el sentir las cosas propias o las divinas o las del prójimo, sino que siempre y en el momento oportuno me libraba con las inspiraciones de los santos ángeles y del Espíritu Santo. (*Memorial* 12)

En este contexto, hemos querido unirnos a esta celebración presentando algunos de los trabajos preparados para el VI Simposio sobre Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, evento organizado por la Facultad de Teología, en coordinación con el Centro de Pastoral San Francisco Javier y el Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios, CIRE. El tema que se abordó este año fue “Del rey temporal al Rey Eternal: Peregrinación de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro”.

Los trabajos seleccionados para esta ocasión son del padre Alberto Gutiérrez, S.J., profesor de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en el que hace un acercamiento histórico al mundo que vivió Ignacio de Loyola. El segundo trabajo, del profesor Carlos Román, es un homenaje al fundador de la Compañía de Jesús hecho desde la novedad que ofrecen sus escritos, particularmente, los *Ejercicios espirituales*.

Como homenaje al patrono de la Universidad, San Francisco Javier, ofrecemos el trabajo hecho por el padre Javier Uriarte, S.J., director del Centro de Espiritualidad de Lima, Perú, que presenta el descomunal recorrido que realizó este santo como servicio a su Rey Eternal. Por

último, presentamos también el trabajo del padre Hermann Rodríguez, S.J., profesor de nuestra Facultad y director del Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios, CIRE, sobre el beato Pedro Fabro y su peregrinación interior.

Camino, misión y espíritu... Las tres palabras con las que hemos caracterizado a los primeros compañeros tienen en común la dinámica que pueden imprimir a la Compañía de Jesús en este momento particular de nuestra historia. Son, al mismo tiempo, tres claves con las que podremos seguir sirviendo cada día más al Señor, y a su esposa, la Iglesia.

P. Hermann Rodríguez O., S.J.
Director Centro Ignaciano de Reflexión
y Ejercicios, CIRE